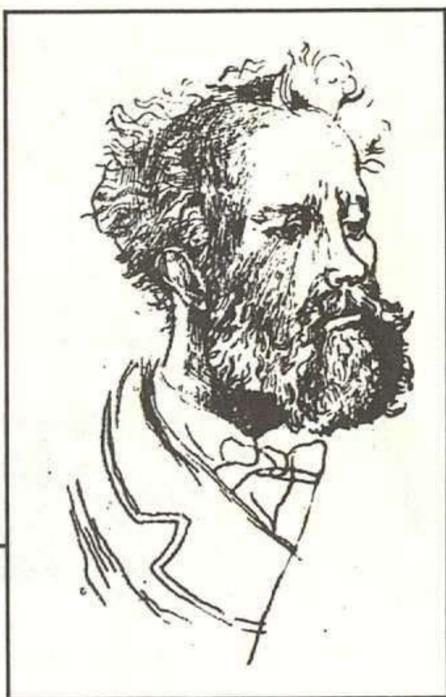


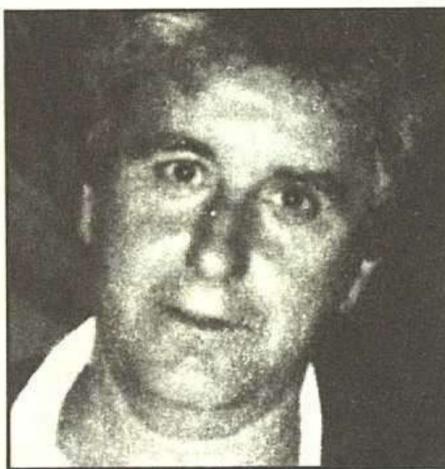
VERNE

Lecciones de abismo

por Luis Maristany



Julio Verne.



Luis Maristany.

Viaje al centro de la Tierra

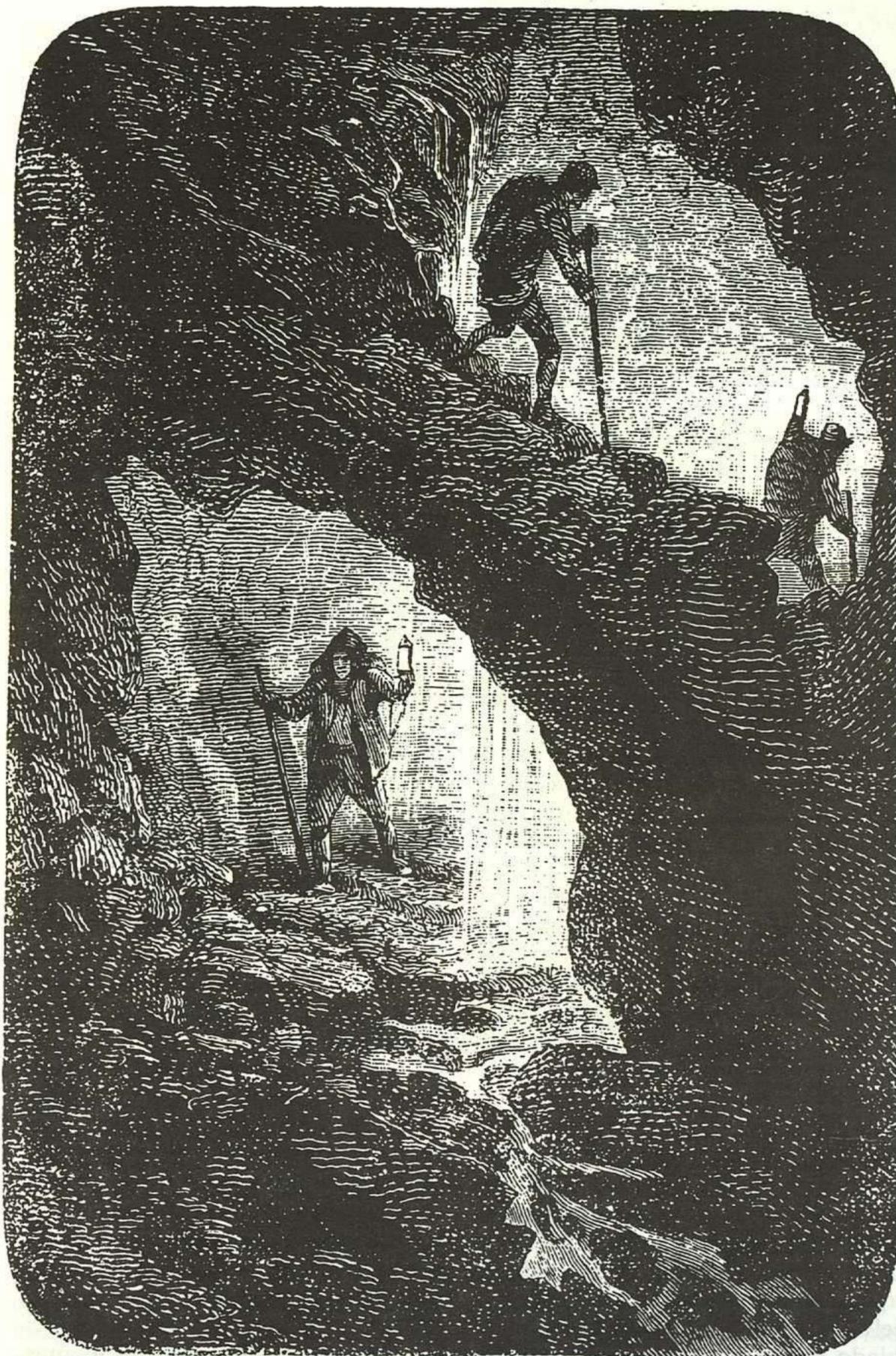
El tiempo debía de estar desapacible aquella tarde. Me veo arrellenado en un sillón frailuno, abiertas las dos puertas vidrieras, ante la enorme librería del abuelo. Con los pies descalzos apoyados en ella, me pasé horas embobado mirando los libros que llenaban los estantes. Era algo para mí desconocido e inusitado hasta entonces. Cogía un libro, luego otro; los palpaba, los olía, los remiraba en su materialidad, pasaba sus hojas y los volvía a colocar en su sitio. Sin leerlos de momento, por-

que eran tantas las ganas que me sentía un poco paralizado. Aquella tarde, más que en los libros, me inicié en el contacto y en la ilusoria posesión de la biblioteca como conjunto; pero, eso sí, ese día tomé la suprema y algo indiscriminada decisión de leerme todos aquellos libros del abuelo cuya visión despertaba en mí, por vez primera, una auténtica voracidad.

Así, con esta disposición, en días sucesivos, igualmente sentado en aquel trono familiar, me entregué a la lectura. No recuerdo en qué orden, su-

pongo que ninguno en especial. Pero entre los primeros estaba uno de título sugerente y muy acorde con la intensa necesidad que sentía entonces: el *Viaje al centro de la Tierra* de Verne. Era una vieja edición grande, con el lomo rojo y con grabados (los mismos de Riou que habían aparecido, sólo dos años antes, en la primera edición francesa de la obra): la traducción era de Antonio Ribot y Fontseré y formaba parte de la Biblioteca Ilustrada de Gaspar y Roig que se publicaba en Barcelona. El tomo estaba realmente destrozado y sueltas y carcomidas muchas páginas, tal había sido su accidentada actividad durante tantos años.

A medida que leía, y con más ánimos que Axel al principio, dejé que su tío el profesor Lidenbrock decidiera por mí la ruta del viaje. Él tenía para todo buenas razones y una indiscutida autoridad de maestro. Creo que no pude ayudarles a descifrar el endiablado criptograma, en caracteres rúnicos, que hacía cuatro siglos había pergeñado y dispuesto el sabio alquimista islandés Arne Saknussemm, cuyas huellas e instrucciones había decidido seguir el profesor. Empezaron el camino a Copenhague. Allí, en la cima del Frelsers-Kirk, tomé con Axel las primeras «lecciones de abismo». Luego, a bordo del *Walkiria*, se dirigieron hacia Islandia. Yo seguía atentamente, con el dedo índice por las líneas del libro, el camino que los condujo a Reykjavik. Para el obstinado profesor sólo había un objetivo, llegar cuanto antes a las mismísimas «entrañas» de la tierra, por lo cual se desentendía de los placeres



VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA, ALIANZA EDITORIAL, MADRID, 1975.

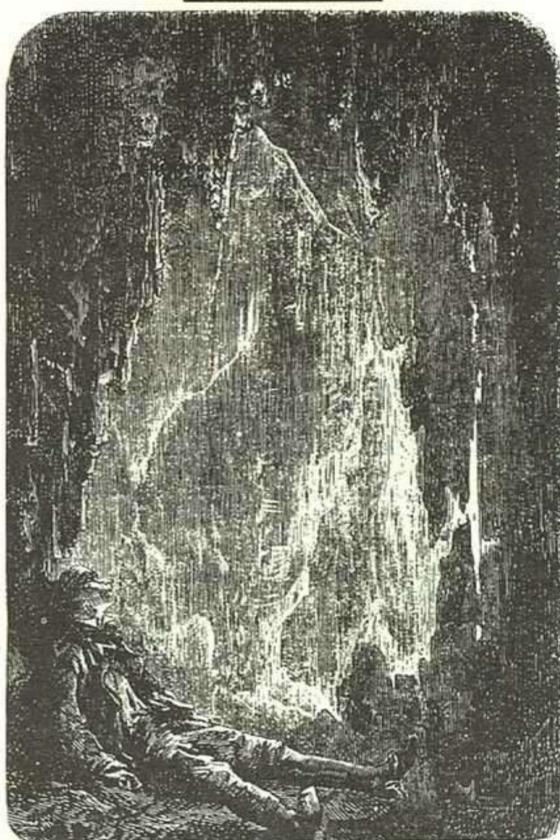
mismos del viaje, y así Axel se fue solo a deambular por la pequeña ciudad. Era verano y le apetecía conocer las actividades de los tenderos y merca-

deres en el interior de unas cabañas de madera.

Al poco tiempo, en compañía del guía islandés Hans, un tipo sumamen-

te pacífico pero no indolente que infundía gran confianza, ascendieron a uno de los picos del Sneffels y durmieron la primera noche, a la entrada del cráter, en un improvisado dormitorio de granito. Axel, por la mañana, se quedó maravillado ante el espectáculo que allí se divisaba de casi toda la isla y sintió por unos momentos que le embargaba la voluptuosidad de las alturas. Luego iniciaron el descenso hasta el mediodía: «Levanté la cabeza y percibí la abertura superior del cono, en que se encerraba como en un marco un pedazo de cielo de una circunferencia muy reducida pero casi perfecta. Sólo en un punto se destacaba el pico del Scartaris que se hundía en la inmensidad». Y muy pronto hallaron, de nuevo en caracteres rúnicos medio roídos, el nombre tutelar de Arne Saknussem. Sus instrucciones habían sido precisas: elegir el único de los caminos cuyos bordes acariciara la sombra del Scartaris durante los últimos días de junio.

Allí empezaba el verdadero viaje, y con él los peligros y los accidentes constantes que sin embargo no lograrían doblegar la firme decisión tomada por Lidenbrock. «Me incliné encima de una roca casi vencida, y miré. Se me erizaron los cabellos. Se apoderó de mí ser el sentimiento del vacío. Sentí que me faltaba el centro de gravedad y que el vértigo invadía como una embriaguez mi cabeza. No hay nada más capital que la atracción del abismo. Iba a caer. Una mano me sostuvo. La de Hans. Estaba visto que no había tomado bastantes *lecciones de abismo* en la Frelsers-Kirk de Copenhague.» Al lado estaba Hans; callado y atento, seguía los movimientos del muchacho. Se internaron por una mina de carbón; luego entraron en una interminable galería de lava. Empezaba a escasearles el agua. Se perdían avanzando por una especie de laberinto, como encerrados en una cárcel inmensa de granito. En una ocasión, incomprensiblemente, Axel quedó aislado de los demás y duran-



VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA, ALIANZA EDITORIAL, MADRID, 1975.

te horas fue errando a tientas en la oscuridad, hasta que al fin podía oír, pero no encontrar, a sus compañeros, en virtud de un efecto acústico que procedía de la forma del pasadizo y de la conductibilidad de la roca. (Siempre, en los libros de Verne, la razón científica de los hechos aporta como un margen de confianza y solución, por extremos que sean los peligros y difíciles los problemas: Axel, en este sentido, cuenta con el modelo y la implacable erudición de su tío.)

El lector hallará, en el capítulo treinta, el espacio culminante de la novela, cuando los tres exploradores descubren un mar subterráneo de vastas proporciones. La visión de este mar de las profundidades resultará imborrable. Lo cubría una luz especial, que no era la deslumbrante y espléndida del sol, ni tampoco la luz pálida y vaga del astro de la noche, sino otra bien distinta: «El poder de aquella luz, su difusión temblorosa, su blancura clara y seca... revelaban evidentemente un origen eléctrico. Era aquello una aurora boreal, un fenómeno cósmico continuo que llenaba el espacio de una caverna capaz de contener un Océano». En las orillas escarpadas, las olas se estrellaban con el murmullo —anota Axel— que se produce en los grandes espacios cerrados, y en las impresiones que deja grabadas ese mar en quien lo contempla se advierte una combinación de reconocimiento y de extrañeza: «La bóveda suspendida sobre mi cabeza, bóveda que se puede llamar cielo...».

El viaje geográfico se vuelve, a partir de entonces, un viaje al pasado por ese mar tan vasto que contiene —y eso se nos revela poco a poco— toda una flora y una fauna de otros tiempos. Axel asiste al imprevisto despertar del pasado prehistórico y tiene ocasión de contemplar en el mar una batalla de monstruos antidiluvianos. Descubrimos tras zozobrar la embarcación de los tres exploradores, una vasta llanura que era toda ella un gran osario humano: «Aquello parecía un inmenso

cementerio en que las generaciones de veinte siglos confundían su eterno polvo.» Y poco después: «Tal vez en el espacio de tres millas cuadradas se resumía toda la historia de la vida animal, que se buscaría inútilmente con todos sus pormenores en los terrenos demasiado recientes del mundo habitado.» El protagonismo del profesor es aquí indudable. Axel se lo imagina como «un apasionado bibliómano transportado repentinamente a la famosa biblioteca de Alejandría reducida a cenizas por Omar, la cual, por un milagro, renaciera de sus cenizas».

Pero la pasión del maestro ha prendido en Axel que al fin se entrega sin ninguna resistencia a la aventura del viaje: «¡Adelante, adelante!», exclama en un momento dado; y se deja arrastrar por el «genio» de los descubrimientos, olvidándose de cualquier otra consideración: «Ya nada existía para mí...». Se ha cumplido en él, en el curso del viaje, una profunda transformación. El proceso culmina cuando un nuevo y providencial accidente provocará el rápido regreso de los tres a la superficie, esta vez expulsados por otro volcán del sur, el Stromboli: «¡Ah, qué viaje! ¡qué maravilloso viaje!», comenta Axel; «¡habíamos cambiado la región de las nieves eternas por las del verdor infinito, y la niebla gris del norte helado por el azulado cielo de Sicilia!».

El premio a la prueba que con éxito ha vivido Axel consistirá, en la transparente parábola de Verne, en la

felicidad que le aguarda con su prometida: «Ahora que eres un héroe, Axel —le dice ésta— ya no tendrás que volverte a separar de mí». Si se ve desde este ángulo, los medios desplegados en el curso de la novela parecen algo aparatosos y excesivos para un fin tan común y plácido como es el que aguarda en el futuro al muchacho. En todo caso ha contado, para el buen término de este viaje iniciático, con el apoyo combinado de la razón representada por el sabio Lidenbrock y la prudencia y la fortaleza del guía Hans.

Por supuesto no fueron estas mis consideraciones de entonces, sino pura y simplemente el vértigo de la aventura y el viaje. De nuevo, años después, tendría ocasión de revivir el «facilis descensus Avernus» de Virgilio, como en algún momento de la novela se reclama; y ambos viajes se me confunden y superponen la memoria. Por el tiempo de la segunda lectura, la novela de Verne había depositado en mí un sueño recurrente, que sucedía con claridad en el mismo escenario marino de las profundidades de Islandia. Ahí también penetraba, por entre las aguas, una luz difusa y continua o uniforme que tanta impresión causara a Axel: «Avanzábamos silenciosamente, bañados en las olas eléctricas. Por un fenómeno que no puedo explicar, la luz, gracias a su difusión entonces completa, alumbraba uniformemente las diversas superficies de los objetos. No existía un foco en ningún punto determinado del espacio y no producía ningún efecto de sombra. Hubiérase dicho que estábamos en medio del día, en medio del verano y en medio de las regiones ecuatoriales, bajo los rayos verticales del sol. Todo vapor había desaparecido. Las rocas, las montañas lejanas, algunas masas confusas y bosques lejanos, tomaban un extraño aspecto bajo la igual distribución del fluido luminoso. Nos parecíamos a aquel fantástico personaje de Hoffmann que perdió su sombra». ■